



JUARISTI, Jon

El bucle melancólico: historias de nacionalistas vascos

Madrid : Espasa Calpe, 1997. - 389 p. ; 23 cm

ISBN: 84-239-7761-7

A finales del pasado año irrumpió en nuestras librerías la obra de Jon Juaristi *El bucle melancólico*. Se podría decir que con él llegó el escándalo, si no fuera porque eso no constituye ya ninguna sorpresa para los que conocemos al autor, dado que la provocación se ha convertido en algo habitual y casi consubstancial a una parte de su personalidad epatante, en contraste con el carácter afable que le caracteriza en el trato.

Conociendo a Jon, que no tiene un pelo de tonto, supongo que eso era precisamente lo que se proponía: publicidad. Buena garantía, por otra parte, para lograr algo realmente difícil en estos tiempos audiovisuales: impulsar a la gente a leer por el interés y el tratamiento del tema, independientemente de la adhesión o rechazo que la obra le produzca. Y, a la vista de las numerosas ediciones que desde entonces ha conocido la obra, hay que reconocer que Juaristi lo ha conseguido plenamente. Yo mismo confieso que leí las casi cuatrocientas páginas del libro en una tirada ininterrumpida de seis horas, sin perder casi nunca el interés por la narración.

Aunque el autor reconoce haberla escrito apresuradamente, la obra presenta un tono más duro y provocativo al principio, como si Juaristi, al ir finalizando su navegación a través del proceloso mar de los recuerdos, hubiese ido recogiendo velas para evitar un ataque violento a la hora de llegar a puerto. En cualquier caso, el estilo, siempre claro y literariamente muy esmerado, facilita su lectura.

Los datos manejados por Jon Juaristi son abundantes y aunque la mayoría de ellos son perfectamente conocidos entre nosotros, eso, naturalmente, no quiere decir que sean reconocidos ni confesados en público, por un comprensible pudor familiar. Como tesis fundamental, el libro trata de demostrar que la vida personal de algunas de las figuras más señeras del nacionalismo vasco, con sus vivencias juveniles, fantasías, carencias y frustraciones, esto es, su melancolía ensoñadora, ha sido la causa de toda la actual ideología nacionalista radical, con la sangrienta consecuencia del terrorismo que hemos padecido hasta hace bien poco. Se trata, pues, de una interpretación psicológica, más o menos freudiana, en la que en lugar de *cherchez la femme*, el autor busca lo que en palabras del poeta Gabriel Aresti sería *aitaren etxe eragotzia*, esto es, la impedida casa del padre.

Voy a dejar de lado en mi crítica las alusiones personales directas —excesivamente directas, por desgracia— que Juaristi incluye en su libro, ya que éstas, en la medida que atañen a personas vivas, pueden ser y, en algunos casos, ya han sido rebatidas o justifica-

das por los propios interesados, todos ellos mayores de edad. Empezaré diciendo que creo sinceramente que la obra tiene algunas partes muy positivas. De los hechos que expone, opino que, *grosso modo*, un setenta por ciento son rigurosamente ciertos, un veinte por ciento muy discutibles y un diez por ciento francamente erróneos, no tanto por la intención del autor, como por las fuentes utilizadas, algunas de ellas no libресcas.

Ante estas valoraciones, muchos pensarán que, en líneas generales, estoy de acuerdo con los contenidos del libro, y debo aclarar que, lamentablemente, no es así, ya que la realidad sesgada, el enfoque unilateral y la falta de contextualización del periodo histórico que analiza el autor proyectan una versión deformada, verdadera pero insuficiente para comprender el nacionalismo vasco de forma objetiva. Y si Juaristi piensa que la circunstancia orteguiana de los líderes del nacionalismo ha sido decisiva en sus planteamientos, no puede prohibir que los demás se pregunten igualmente por la suya propia, ésa que le ha llevado a cribar y escoger precisamente esos datos entre otros muchos existentes y alternativos.

Conozco y aprecio sinceramente a Jon Juaristi desde que fuimos compañeros de estudios en la Universidad, y admiro su buen hacer literario. He mantenido con él largos periodos de amistad, alternados con otros de distanciamiento por algunas de sus —para muchos— dolorosas provocaciones. Valoro su esfuerzo por aprender la lengua vasca y estudiar su literatura, donde ha logrado un nivel que bien quisieran para sí bastantes de sus detractores. Por otra parte, muchos le agradecemos la sensibilidad que demuestra al expresarse siempre en vasco con sus compañeros euskaldunes, deferencia, desgraciadamente, nada habitual entre sus más fervientes seguidores. No obstante, pienso que la publicación de esta obra, en la forma que lo ha hecho, no le va a reportar mucho bien, ni a él ni a los vascos en general, pero respeto su valiente —o más bien, temeraria— decisión. Se esté o no de acuerdo con él, me parece que alguien que se autodefine como “no nacionalista vasco” tiene perfecto derecho a escribir contra unas ideas que no profesa, asumiendo las consecuencias.

Volviendo al tema, mi apreciación global de la obra es que, aparte de su unilateralidad, ya repetida en obras anteriores similares, Jon Juaristi ha malogrado su análisis por dos causas. Una es la extrapolación de su vida personal y familiar al resto de los nacionalistas vascos y otra, la inconsciente deformación profesional que le ha hecho pensar que los análisis estilísticos de los textos tienen el mismo valor en el campo literario que en el histórico, jugando arriesgadamente a psicoanalista.

A mi modo de ver, el vasquismo juvenil vivido por Juaristi constituye un caso realmente excepcional. Jon parece creer, por ejemplo, que la excelente biblioteca vasca que tuvo la suerte —o tal vez la desgracia— de disponer en casa de su abuelo, cuya lectura formaron su primer nacionalismo, o el ambiente peneuvista familiar tradicional que él conoció en su hogar fue algo general y común a casi todos los miembros de su generación. Sin embargo, la verdad fue muy distinta. La gran mayoría de las familias vascas, por lo que he podido comprobar, consideraron prudente hacer desaparecer de casa todo texto nacionalista, teniendo los registros y repesalias de la época de Franco. Y ya es mucho suponer que en la mayoría de las familias nacionalistas existiese anteriormente un acopio de tales libros, ya que las inquietudes culturales de las clases medias de la época no eran, ni de lejos, las actuales. La militancia nacionalista no implicaba generalmente ser bibliófilo ni lector asiduo. Además, el miedo a las nefastas consecuencias que aquellas ideas patrióticas podían acarrear a sus hijos limitó mucho la transmisión sistemática del vasquismo en el seno familiar.

Por todo ello, opino que las ideas nacionalistas retrógradas y racistas que Jon denuncia en su obra, aunque muy reales, al menos en el ámbito teórico, en tiempos anteriores al 36,

no tuvieron en las generaciones siguientes la influencia intelectual que él parece creer. Existía, naturalmente, la trasnochada xenofobia de algunos jekides —por cierto, ya muy relajada tras la guerra civil—, pero se trataba de un sentimiento mantenido en pequeños círculos, con una importancia en la vida cotidiana muy poco significativa, aunque a veces —pues todo hay que decirlo— ese sentimiento también era azuzado por la conducta arrogante y despectiva hacia los vascos de los foráneos que componían el nuevo funcionariado y la policía franquista.

La ideología verdaderamente operativa y dominante era, obviamente, la del poder político instalado en el poder, la de la España eterna, una, grande y libre; la que nos iniciaba en la jornada escolar levantando el brazo y cantando el himno “nacional”; aquella que, más tarde, nos sacaba a la calle tarareando aquello de “Isabel y Fernando, el espíritu impera, moriremos besando la sagrada bandera”; la misma que nos enseñaba una geografía lejana y una historia amañada, imperialista y racista, en que los vascos no existíamos, una gramática y una literatura de una Lengua, con mayúscula, la española, ajena a muchos de nosotros, al tiempo que citaba de pasada los “dialectos regionales” catalán, asturiano, gallego y vasco; la que propugnaba una religión oscurantista, la del Santiago matamoros que cerraba España, con aquel antisemitismo feroz y la más absoluta intransigencia hacia las otras confesiones.

Eran los tiempos de una prensa afecta al régimen que no perdía oportunidad de humillar al vencido, sus valores y su lengua, en que los tebeos infantiles ensalzaban, en los personajes del Guerrero del Antifaz, el Cachorro, el Capitán Trueno, El Jabato y un Roberto Alcázar con el rostro del fundador de la falange, las glorias pasadas y presentes de aquella España que no podía ser más que una. De una radio con locutores de fuera, que emitía a todas horas música vetero-castellana o andaluza, que tenía prohibido el uso del euskara y que nos presentaba a Chomin del Regato como muestra genuina de “lo vasco”. Una administración que practicaba con multas aquello de “hable en cristiano”, para quien el vasco era un paria despreciable a reculturizar, al que se le impedía utilizar sus nombres originarios, que no dejó otra opción a los padres de Juaristi y a los míos sino inscribirnos en el registro como Juan y Javier, y que dosificaba con cuentagotas los permisos para las manifestaciones de nuestro folklore; sin olvidarnos de un servicio militar patriotero encargado de reproducir unos valores autoritarios fascistas. Esa fue la ideología real, la de todos los días, la única que recibíamos todos inexorablemente, la que desgraciadamente todavía pervive en muchas personas y ante la cual, los valores vascos, positivos o negativos, en el mejor de los casos, no dejaban de ser una mera anécdota para la inmensa mayoría de nuestra generación. Y esta otra realidad, que motivó un profundo rechazo en muchos de nosotros, es la que Juaristi se ha olvidado incluir en su libro como obligado contrapunto.

Yo no dudo de su sinceridad. Admito plenamente que, en su caso, por las circunstancias especiales que él y algunos como él vivieron en su familia, con el paso de los años, dicha ideología de catacumba, sin posibilidad, a causa de la dictadura, de ser discutida ni contrastada de forma libre y democrática, a la larga les haya parecido la única anquilosada, desfasada e incluso francamente perniciosa. Y no es de extrañar que se sintieran por ello engañados y frustrados. Pero ése fue su caso particular, y no creo que fuera el que conocimos la mayoría de los vascos.

Es muy doloroso, por otra parte, que Jon, en un intento de liberarse de sus demonios familiares y de las responsabilidades objetivas, subjetivas o tal vez adyacentes contraídas por su antigua militancia en ETA, haya tenido que escribir este libro de la forma que lo ha hecho y para quienes lo ha hecho. Supongo que Juaristi ha renunciado hace ya mucho tiempo a las vanidades mundanas de hacer carrera política o diplomática. También es cierto que el PNV y el resto de los partidos vasquistas hubieran hecho mejor si, en lugar de dedicarse a

canonizar a sus antiguos dirigentes y viejas ideas, hubieran evolucionado, renovando su ideología obsoleta. Pues, incluso aceptando que el trauma de la guerra y la situación de la postguerra no eran los más favorables para esa operación, hay que reconocer que llevamos ya demasiados años de silencio democrático, cuando hasta la Iglesia francesa ha sabido pedir perdón por su complicidad con el nazismo.

Claro que, en buena lógica, parece que si en aras de la reconciliación se le exige al pequeño pida disculpas por sus faltas, en justa contrapartida, habría que haberle exigido previamente al grande un reconocimiento parejo de sus proporcionales excesos, algo que hasta la fecha tampoco ha ocurrido, a pesar de que, a falta de ruptura democrática, el actual Estado Español es heredero directo del anterior. De cualquier modo, por no habernos golpeado a tiempo con la piedra de la autocrítica, hemos dejado ésta en manos menos pudorosas, concretamente en las de Juaristi, quien, a destiempo y sin cuidar mucho las formas, ha sacado a la luz los viejos trapos sucios familiares, para escándalo de propios y regocijo ajeno.

Sin embargo, no parece justo ignorar que el vasquismo, con todas sus limitaciones y defectos, ha sido generalmente un nacionalismo de defensa popular ante las agresiones exteriores de los nacionalismos hispano y francés, y que, bajo la dictadura franquista, ha tenido que inspirarse, a veces con excesivo mimetismo, en los modelos de los pueblos que, en circunstancias distintas, luchaban con más éxito por su liberación nacional. Tampoco parece justo olvidar que los otros nacionalismos, oficiales y represivos, —pues, aunque Jon se empeñe en no querer verlos, sí que existen en España y Francia— le han obligado a veces a tomar caminos desesperados. Por eso no puede entenderse bien que, en este mundo tan poco original, Juaristi reproche a sus paisanos utilizar un imaginario común a casi todas las naciones sin estado. Del mismo modo, los cubanos, australianos, checos, rumanos, judíos, argelinos, ruandeses o palestinos no han podido argumentar nunca una supuesta pérdida de su anterior patria libre en favor de su derecho a la independencia, ya que fundamentaban ésta, principalmente, en el deseo y necesidad de autogobernarse que tenían en aquel momento.

Decía Mitxelena que podemos sentir la pérdida de algo que nunca hemos poseído: tal suele ser, en la vida real, la suerte de los que, a causa de alguna argucia legal de sus parientes, pierden la herencia a la que tenían derecho. Y ése es, asimismo, el caso de muchos vascos que nos dimos cuenta, a partir de la adolescencia, que, siendo hijos de este país, nos habían sustraído la que debía haber sido también nuestra lengua, nuestra cultura, con su historia y los medios políticos necesarios para garantizar su supervivencia y desarrollo; que sentíamos aquello que no habíamos tenido nunca como un verdadero robo y una injusticia histórica a reparar. Esas consideraciones, y no las arengas que nunca escuchamos a Sabino Arana, nos hicieron abertzales.

Es sabido que los vencidos no suelen tener historiadores y nuestro caso tampoco es una excepción. Con todo, al menos para mí, está fuera de toda duda razonable que los fueros vascos han sido algo más que unos simples privilegios señoriales. Tampoco puedo estar de acuerdo con Juaristi en calificar la anexión de Navarra a Castilla como una simple lucha de bandos nobiliarios, cuando ya el propio Tomás Moro, en aquel mismo siglo, criticaba a Fernando el Católico por lo que él calificaba de injusta conquista. Por otra parte, es un hecho bien documentado que la conciencia de los vascos de pertenecer a un mismo pueblo, —aunque ya presente desde tiempo inmemorial en su nombre nacional: euskaldunak y Euskal Herria— ha venido aflorando de forma progresiva desde el siglo XVI hasta nuestros días bajo formulaciones cambiantes, de acuerdo con las corrientes de pensamiento de cada época.

Realmente, Sabino Arana, aunque importante, no fue sino un eslabón más en esa larga cadena. Pero con todo, sin querer absolutizar, aunque tampoco menospreciar los antecedentes históricos del vasquismo, considero que, para la mayoría de los vascos actuales, la meta no es regresar a esa idílica casa del padre que nunca existió en nuestras mentes, como tampoco lo es añorar imperios donde no se ponía el sol, sino poder gozar del derecho a construirnos en libertad un país para nosotros y nuestros hijos, en que todos podamos vivir con dignidad, con unos derechos nacionales, sociales, lingüísticos y culturales reconocidos y homologables con los del resto de las naciones; sin ser más que nadie, pero tampoco menos; sin políticos, funcionarios y jueces que, amparados por leyes ajenas, puedan imponernos sus valores y símbolos, alardeando en nuestro país de ignorar nuestra lengua. Nos une el deseo de construir en paz ese futuro para nuestro pasado, el que expresó tan acertadamente Sánchez Carrión. Trabajamos duramente por conseguirlo, tratando de evitar que se nos robe ese futuro, sin curva de regreso y sin sentimientos de rubor por intentarlo, aunque al hacerlo pequemos, según Juaristi, de melancolía.

Al igual que la mayoría de los vascos, he compartido y comparto con el autor su preocupación por el terrorismo. Sin embargo, me parece que, en nuestro caso, esa demencia nada tiene que ver con la ideología vasquista, si es que, a estas alturas, los violentos, tras la tregua de ETA, en su versión descafeinada de la kale-borroka y de los pasquines intimidatorios, aún conservan alguna pizca de ella. Que la mayoría nacionalista de este pueblo se haya movilizado una y otra vez contra el terrorismo es prueba suficiente de que lo uno no conduce necesariamente a lo otro.

No anda Juaristi muy bien informado si piensa que el colegio de los Padres Escolapios de Bilbao constituía un vivero de nacionalistas vascos. A diferencia suya, como antiguo alumno del centro, puedo asegurar que, si de algo pecó el difunto padre Mokoróa, fue precisamente de su total absentismo político, igual que el también escolapio Francisco Goñi, ambos, excelentes profesores y personas. En cambio, sí que eran nacionalistas vascos Javier Eizagirre, Jesús Etxabe o los escolapios navarros Orkoien y Valencia. Claro, que no es menos cierto, que otros muchos de nuestros profesores también constituían buenos ejemplares de nacionalistas españoles y que no perdían ocasión de demostrarlo en clase.

En honor a toda la verdad, debo añadir que también los profesores vasquistas trataban a veces de predicar a sus alumnos "su mensaje", que en aquellas circunstancias políticas no podía ir más lejos de criticar veladamente la dictadura de Franco, señalando su ilegitimidad y hacer algún comentario elogioso sobre el euskara y los valores del país, sin soñar siquiera, por evidentes razones de seguridad, en adentrarse en temas propiamente nacionalistas. Eso sí, los que ya éramos vasquistas, teníamos la oportunidad de acercarnos a ellos y preguntarlos, siempre en privado, por cuestiones puntuales de nacionalismo o, en el caso de Mokoróa, sobre el euskara, a lo que solían acceder complacidos. Siempre se lo agradeceré.

Que en un determinado curso de la década de los 60 apareciese en dicho colegio un grupo de alumnos intelectualmente brillantes, y a la vez ideológicamente afines, no fue consecuencia de una política deliberada de los Escolapios, sino más bien fruto de la casualidad y de la coincidencia en dicho colegio de los hijos de un sector de la pequeña burguesía vasca. La mejor prueba está en que aquello no se repetiría ya de manera colectiva en los años posteriores, como muy bien debe saber, por ejemplo, Patxo Unzueta.

Finalmente, es de agradecer a Jon Juaristi el estimable esfuerzo literario que ha hecho por recuperar a Unamuno para la causa vasca, algo que muchos intuíamos. No obstante, creo que Jon se equivoca al pensar que ser unamuniano es un síntoma inequívoco de ser nacionalista vasco. Puede convencerse de ello echando una ojeada a los muchos españolis-

tas que han venido utilizando a don Miguel como martillo antivasco de herejes, todavía numerosos en algunos sitios de Bilbao.

Y, ya que hemos citado a Unamuno, desearía añadir una breve anécdota. Hace ya algunos años, un amigo me dejó leer un cuento que había escrito en euskara sobre el ilustre bilbaíno. Aunque algo simple, no estaba mal del todo y podría resumirse así: un artista alsaciano, excelente esteta y pintor de desnudos, encontraba gran oposición a su arte en su pudibunda sociedad local. Ello le impulsó a exponer en París, donde fue muy aplaudido y colmado de felicitaciones. El pintor no se percató de que los parisinos, más que admirar su genio y su técnica pictórica, observaban sus cuadros de forma morbosa, contemplando con ojos libidinosos aquellas carnes germanas tan apetecibles, que al mismo tiempo les servían para ridiculizar el naturalismo obsceno de los incultos provincianos y justificar su represión. Aquel pintor gozó de fama en la metrópoli durante algún tiempo. Sin embargo, eso le alejó para siempre de su gente, del pueblo que había tratado de retratar fielmente porque, como bien sabían sus amigos, en el fondo lo amaba apasionadamente.

Resumiendo, no me parece muy objetiva la manera que el autor tiene de enjuiciar el vasquismo, más empeñado en trabajar por la construcción de un presente y futuro esperanzadores para toda nuestra sociedad que en estériles ensismamientos melancólicos. También creo que este libro, a pesar del rechazo que puede generar por su forma en exceso provocativa, aporta igualmente motivos serios de reflexión y puede ser un buen revulsivo para sacar a los líderes e intelectuales de los partidos nacionalistas de su modorra ideológica.

Xabier Kintana

Jon Juaristi: Compulsive Archaeology and The Basque Nationalist Primal Scene¹

I usually do not write about individual authors, unless they stand at the crossroads of a broader political or cultural junction than the one merely defined by their own individual or private circumstances. Indeed, this is the case of Jon Juaristi (1951-). His latest work, *El bucle melancólico: historias de nacionalistas vascos* (1997) has created an atmosphere of debate and discussion that could be best described as “political excitement:” “everybody” in Spain is talking about the book. In his book, the *enfant* and *critic terrible* of Basque nationalism has shown a more emotional and irrational side, which begins to resemble in some uncanny or negative way nationalist zeal. At the same time, nationalist readers, both Basque and Spanish, have rushed to read what could be tentatively termed as “the public denunciation of a long history of domestic abuse and violence at the heart of the Basque nationalist family.” I would venture to say that the book has been read more as the exposé of some unspeakable perversion than as a political essay *sensu stricto*. But then the question remains: what is the nature of the political excitement generated by Juaristi’s book? Are we developing a taste for political perversion? How to analyze “excitement” in political terms so that we can make sense of our times and, if not perversions, at least our political libidos?

¹ I would like to thank Michael Ugarte for the insightful suggestions he made on an earlier draft of this article.